

La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia

Diferentes autores

biblicom.org

Índice

1 - Hasta el final	3
2 - Dirigido por el Espíritu Santo	4
3 - Acción del Espíritu Santo	5
3.1 - Llenos del Espíritu Santo –Condiciones	5
3.2 - Llenos del Espíritu –Resultados	6
3.2.1 - Una vida victoriosa, una vida que glorifica a Dios y no al yo, una vida en la que se produce el fruto del Espíritu	6
3.2.2 - Un servicio realizado en el poder del Espíritu	6
3.3.3 - Gozo, alabanza y acción de gracias	7
3.3.4 - Audacia en el testimonio	7
4 - Nuestro cuerpo, templo del Espíritu Santo	7
5 - Dependier del Espíritu Santo en las reuniones	8

1 - Hasta el final

B. Reynolds

«Las palabras que pacté con vosotros cuando salisteis de Egipto; y mi Espíritu permanece en medio de vosotros; ¡no temáis!» (Hag. 2:5).

Muchos cristianos creen que todavía vivimos en el tiempo de los apóstoles, con las señales, maravillas y milagros que lo caracterizaron. A esta creencia se une a menudo una gran sinceridad, así como un verdadero celo por el Señor; sin embargo, la falta de juicio ha sido la fuente de muchos errores doctrinales.

En este sentido, podemos aprender algo de la historia de Israel. Después de setenta años de cautiverio en Babilonia, el Espíritu de Dios despertó a algunos judíos que se levantaron y subieron a Jerusalén para reconstruir el templo (Esd. 1). Después, este remanente del pueblo, desalentado por las maniobras enemigas, dejó de construir; la misión del profeta Hageo fue entonces despertarlo para que pudiera reanudar la construcción de la casa de Jehová (Hag. 1:2-11). Una de las razones de su desánimo fue, para algunos de ellos, el recuerdo de la gloria del templo de Salomón; en comparación, su trabajo parecía insignificante (Hag. 2:2-3). Habían oído hablar de la gloria que se había manifestado, visible y majestuosa, en la inauguración del primer templo (2 Cr. 5:11-14). Pero para el que estaban construyendo, faltaban tales manifestaciones de la presencia de Dios. Entonces el Señor les habló por boca de Hageo: «*Estoy yo con vosotros*» (v. 4). Además, añadió que su Espíritu nunca los había abandonado, que había permanecido en medio de ellos todos estos años. Aunque no se dio ninguna señal a este remanente del pueblo de Israel, el Señor siempre estuvo allí.

Es exactamente lo mismo para la Iglesia hoy. Hemos experimentado un gran avivamiento y restauración después de los tiempos oscuros del cristianismo, y este trabajo ha sido logrado por la poderosa obra del Espíritu Santo. Sin embargo, este avivamiento no fue acompañado de ninguna señal o maravilla, pero la presencia del Señor era efectiva. Una gloriosa y bendita verdad, ¡nunca había dejado la Iglesia!

2 - Dirigido por el Espíritu Santo

Según J.N. Darby

«Llegando a Misia, intentaron ir a Bitinia, y no se lo permitió el Espíritu de Jesús» (Hec. 16:7).

Al principio del relato del segundo viaje misionero del apóstol Pablo, se indica cómo el Espíritu Santo lo dirigió en su ministerio. El camino de Pablo para llevar el Evangelio a los gentiles no fue el fruto de sus propias reflexiones, sino el resultado de su dependencia directa del Espíritu Santo que lo guiaba. A veces le había prohibido claramente ir en una dirección porque el pensamiento de Dios era que debía ir en otra.

Pablo y sus compañeros predicaron el Evangelio en Asia Menor, en las regiones de Frigia y del sur de Galacia. Entonces, impedidos por el Espíritu Santo de seguir predicando la Palabra, fueron a Misia, una región en el noroeste de Asia Menor. Tal vez al no encontrar allí la libertad que esperaban, decidieron ir a Bitinia, en el noreste. Una vez más, el Espíritu de Jesús no les permitió hacerlo. Poco después, Pablo tuvo una visión y recibió un llamado para ir a Macedonia. Es notable ver la soberanía de Dios trayendo el Evangelio al oeste, hacia Grecia.

El Evangelio debía difundirse en todas las partes del mundo, pero debía arraigarse en Europa Occidental. Hoy no podríamos concebir la historia de Europa independientemente del cristianismo.

Vemos aquí la importancia de la guía del Espíritu Santo en la obra del Señor. Todo siervo debe estar seguro de trabajar donde Dios quiere que esté. Tal vez la falta de frutos en algunos ministerios se debe a la negligencia en la búsqueda de esa dirección. ¡Dejémonos guiar por el Espíritu Santo en todas las cosas! Es importante buscar su guía diariamente y en oración, especialmente para las oportunidades de proclamar el Evangelio, ¡que a menudo descuidamos!

«Te instruiré y te enseñaré el camino en que debes andar: te aconsejaré; sobre ti estará mi ojo» (Sal. 32:8).

Cuando miramos al Señor, todo es sencillo; vemos nuestro camino con claridad y tenemos motivos que no dejan al alma en la incertidumbre, a diferencia del que es «hombre de ánimo doble, inconstante en todos sus caminos» (Sant. 1:8).

3 - Acción del Espíritu Santo

Según A.M. Behnam

«No os embriaguéis con vino, en lo cual hay desenfreno, sino sed llenos del Espíritu» (Efe. 5:18).

3.1 - Llenos del Espíritu Santo –Condiciones

En la Biblia, el vino es un símbolo del gozo. Dependiendo del contexto, se refiere ya sea al gozo carnal y terrenal o al gozo espiritual y celestial. En el versículo anterior, se refiere al gozo carnal y terrenal; emborracharse con vino conduce a un comportamiento culpable.

Cada hijo de Dios debe desear ser lleno del Espíritu Santo. Esto es ciertamente lo que nuestro Dios y Padre desea para todos sus hijos. No es un privilegio reservado para una clase particular o para aquellos que tienen dones notables. Cuando todavía eran paganos, los creyentes de Éfeso habían adorado a dioses falsos, como Artemisa, la gran diosa (Hec. 19:27-28). Pero el apóstol Pablo les escribió: «Vosotros también... habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Efe. 1:13). A todos estos, convertidos del paganismo, el Señor les dice: «Sed llenos del Espíritu».

Requisitos específicos son necesarios para ser llenos del Espíritu. Mencionaremos tres de ellos, dos negativos y uno positivo:

1. «No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efe. 4:30). Si afligimos al Espíritu Santo, no nos llenará. El pecado entristece al Espíritu Santo.
2. «No apaguéis el Espíritu» (1 Tes. 5:19). Entristecemos al Espíritu Santo al hacer lo que él nos dice que no hagamos, y apagamos al Espíritu Santo al no hacer lo que él nos dice que hagamos. Me pide, por ejemplo, que ore, o que dé testimonio de mi fe a alguien, o que ayude a un hermano necesitado; si no lo hago, apago el Espíritu Santo. De la misma manera, en nuestras reuniones de iglesia, apagamos el Espíritu Santo si no lo obedecemos.
3. «Andad en el Espíritu, y no deis satisfacción a los deseos de la carne» (Gál. 5:16). Caminar en el Espíritu significa no caminar de acuerdo a nuestra vieja naturaleza

caída, sino manifestar la nueva mediante el poder del Espíritu Santo que obra en nosotros.

Dios nos muestra cómo ser llenos de su Espíritu. Que este sea también nuestro deseo.

«*Buscad pues, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu y de sabiduría*» (Hec. 6:3).

3.2 - Llenos del Espíritu –Resultados

Para ser llenos del Espíritu, no debemos entristecerlo ni apagarlo. También debemos caminar en el Espíritu. Si estamos verdaderamente llenos del Espíritu, no nos jactaremos; no llamaremos la atención sobre sí mismo. Habrá ciertas consecuencias que complacerán a Dios.

3.2.1 - Una vida victoriosa, una vida que glorifica a Dios y no al yo, una vida en la que se produce el fruto del Espíritu

«*Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio*» (Gál. 5:22). Lea estas cualidades cuidadosamente. Un avivamiento que no los produce no es un verdadero avivamiento. Antes de emplearnos en su servicio, Dios quiere trabajar en nosotros para que seamos vasos de honor, santificados, útiles al amo, preparados para toda buena obra (2 Tim. 2:21).

3.2.2 - Un servicio realizado en el poder del Espíritu

Este es el servicio fructífero que agrada al Señor. Sobre Bernabé, cuando fue enviado a Antioquía por la asamblea de Jerusalén, leemos: «*Cuando él llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y exhortaba a todos a permanecer unidos al Señor con corazón firme; porque era hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor*» (Hec. 11:23-24).

3.3.3 - Gozo, alabanza y acción de gracias

«Sed llenos del Espíritu; hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando en vuestros corazones al Señor; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Efe. 5:18-20) – ¡y esto a pesar de las persecuciones! «Provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé... Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo» (Hec. 13:50, 52).

3.3.4 - Audacia en el testimonio

Es claramente visible en las vidas de Pedro y Pablo, como muestran los relatos del libro de los Hechos. Sin embargo, en todas las situaciones no tenían confianza en sí mismos, pero oraban para obtener esta audacia. Incluso Pablo pidió a la congregación que orara por él para que pudiera «hacer conocer con denuedo el misterio del evangelio» (Efe. 6:19).

«Juan, en verdad, bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, dentro de pocos días» (Hec. 1:5).

«Siendo exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, él ha derramado esto que veis y oís» (Hec. 2:33).

4 - Nuestro cuerpo, templo del Espíritu Santo

Según S. Labelle

El Señor fue exaltado y glorificado en el cielo; luego el Espíritu Santo vino a la tierra. Todavía está aquí. Esta es una verdad particularmente bendita y de importancia fundamental.

¿Alguna vez pensó usted cuán maravilloso hubiera sido estar en la tierra de Israel cuando el Señor estaba allí? El privilegio de verlo y escucharlo hubiera sido una gran bendición, pero ¿saben que hoy tenemos algo aún mejor? Cuando el Hijo de Dios estaba en la tierra, la gloria de su divinidad estaba velada, escondida detrás de su humanidad; se necesitaba tanta fe para creer en él entonces como hoy. El

Hijo estaba allí y ascendió al cielo. Hoy el Espíritu Santo, otra Persona divina, está presente en la tierra; ha hecho su morada en los creyentes, como dijo el Señor (Juan 7:39). No habita en los que están en sus pecados, sino en los que han creído y han sido limpiados de sus pecados por la sangre preciosa de Cristo. Él mora en nosotros, los creyentes, como resultado de la obra perfecta de Cristo y su presente gloria celestial.

¿Cómo podemos expresar la seriedad y la bendición de tener un huésped así viviendo en nosotros? Pablo escribió a los corintios: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?» (1 Cor. 6:19). Estamos en una época caracterizada por la presencia del Espíritu Santo en los creyentes, y es a través de él que podemos levantar nuestros ojos y ver a nuestro Señor «coronado de gloria y honra» (Hebr. 2:9).

*Hacia ti, Jesús, hacia mi patria,
Soy guiado por el Espíritu Santo;
Sin miedo, a él me confío
De día a día, hasta el final.*

A. Ladrière

Traducción libre (Hymnes & Cantiques 204, 1ª estrofa)

5 - Depender del Espíritu Santo en las reuniones

Según J.N. Darby

«Si alguno habla, sea como oráculo de Dios; si alguno sirve, sea como por la fuerza que da Dios, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo» (1 Pe. 4:11).

Si uno va a las reuniones de adoración o de oración para ejercer un don, es obvio que no se entiende el carácter de tales reuniones. No vengo a ejercitar un don, sino a partir el pan, a adorar, a encontrarme con Aquel que dijo: «Donde dos o tres se hallan reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18:20); «Haced esto en memoria de mí» (Lucas 22:19).

Querer ejercer un don en tales reuniones muestra que uno está equivocado; lo que uno va a hacer entonces a menudo se asemeja a un rito. Este fue el caso de los co-

rintios. No les faltaba «ningún don» de gracia (1 Cor. 1:7), pero en vez de usarlos en sumisión al Espíritu Santo, para la gloria de Dios y la edificación de sus hijos, se glorificaron a sí mismos ejercitándolos. Entre los creyentes, nada es más deshonroso para el Señor. La verdadera sumisión al Espíritu Santo, con el sentido de la presencia del Señor, acabaría inmediatamente con el pensamiento de ejercer un don. El sentimiento de la presencia del Señor elimina inmediatamente todos los pensamientos del yo. Cuando vamos a una reunión con el pensamiento de esperarnos en el Señor y disfrutar de su presencia, es algo extremadamente doloroso encontrarnos ante alguien que, lleno de pretensión y seguridad, se convierte en el centro de la reunión; ocupa el tiempo, llenando las mentes de sus hermanos con sus propios pensamientos en lugar de comunicar pensamientos felices sobre Cristo; de este modo obstaculiza toda bendición.

«Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor. 3:17) –libertad a la que conduce el Espíritu– y no la energía de la carne. Así solo el Señor será glorificado, porque ninguna carne se glorificará en su presencia. Entonces Dios es todo, y el hombre no es nada. ¡Que este sea el único deseo de todos nuestros corazones, que Dios sea glorificado en todas las cosas por medio de Jesucristo! ¡Amén!